

LA MARIA KAUTZ

PEQUEÑA BIOGRAFIA DE MI MUJER

Mi mujer era roja como una leona
Era campeona de "Basket-Ball" y vivía en el río
En una hacienda de ganado que ella personalmente
manejaba
Porque hacía las veces del padre en su familia de cinco
mujeres
Y también manejaba una lancha motora
Porque también era mecánica y marinera
Como lo es todavía
Maestra en toda clase de artes y oficios
Más que cualquier obrero o cualquier artesano
Mucho mejor trabajadora que las señoras y mejor que
las ciadas
Pues no sólo maneja una casa sino que la hace con sus
propias manos y la llena de cosas que
ella misma fabrica, desde las sillas y las
mesas hasta las camas y la ropa
Y la llena de vida
Ella prepara toda la madera
Es carpintera de artesón, carpintera de banco y carpin-
tera de rivera
Desde muchacha fue maderera y tuvo cortes de madera
En las selvas de La Azucena, como también en la mar-
gen izquierda del río, en la propia fron-
tera, no sólo en territorio de Nicaragua
sino también de Costa Rica
Lo que le dio dolores de cabeza con los ladrones y
hasta dificultades con las autoridades
Era cuando tenía su tractor Caterpillar D4
Con el que trabajaba en El Almendra y en las márgenes
del Oyate y el Tepenaguasape
Y también en el Tule —que ella no quiere que deje
fuera
Acaba de llegar de San José de Costa Rica —me sor-
prende escribiendo— y vino de Los Chiles
a caballo
"No te olvidés del Tule" —me dice al leerle lo que lle-
vo escrito
Pasa directamente a la cocina, pues aunque no le gusta
cocinar, es una insigne cocinera
Hay que ver una mesa puesta por ella
En su finca Las Brisas
Con la misma maestría que una cuchara de albañilería
o el motor de la luz y su máquina de
coser, maneja la cuchara
Trabajaba también con su D4 en la Costa del Sur, sa-
cando trozas de Las Salinas a la carretera
Nivelando terrenos en Casa Colorada
Haciendo calles en San Carlos y hasta un camino en
San Miguelito, cuando no remolcando las
grandes balsas de caoba en el lago y el
río —un largo cable tiraba de ellas desde
un potente remolcador, llamado Falcón,
que cabeceaba con lentitud sobre las cres-
pas alas— o transportando bajo el sol y
la lluvia un cargamento de vaquillas en
una motovela
Al Puerto de San Carlos llevaba en su gasolina, todos
los miércoles —que eran los días de va-
por— no sé cuántos quintales de queso y
varias latas de mantequilla, y vendía a
las pulperías uno o dos paniquines de

huevos, y cerdos gordos a las chancheras
o vacas viejas a los destazadores, y con
eso compraba las provisiones

Y lo mismo en Granada, donde pasaba algunas tem-
poradas —y donde años después, ya
casada conmigo, manejaría una venta de
azúcar al por mayor y al menudeo que
tenía mi madre— daba, cada semana,
todas las vueltas necesarias para la venta
de los quesos y la mantequilla a los re-
vendedores y propietarios de tiendas de
abarrotes o negocios de víveres

Porque, ya desde entonces, nadie como ella —una mu-
chacha de pantalones— para entenderse
y tratar con los contadores y capitanes de
las embarcaciones y los carretoneros y
camaroneros o cargadores de las tiendu-
chas del mercado y aun con los mismos
usureros

Y era ya, sin embaigo, una alemana pelirroja con un
soberbio cuerpo de colegiala atleta, gana-
dora del premio de natación o de carrera
Parecida a la estatua de la muchacha griega que lanza
el disco o la jabalina
Con su cara pecosa de leona o gata
y una mirada verde de reflejos dorados
Cuyo mensaje no descifraron los barbilindos extasiados
ante los cromos de las barberías

Más de una vez, algunos deslumbrados por ella en la
noche de un baile o la fiesta de un club,
en Granada o Managua, difícilmente la
reconocían, vestida de "overall", en día
de trabajo, reparando un motor en el ta-
ller de Pipo o dirigiendo la construcción
del Vagamundo en la playa del lago
Solo yo la miraba exactamente como era

No todo el mundo puede, en el momento dado recon-
ocer a su mujer y casarse con ella
Pero nosotros nos casamos —aquel día— aquel miér-
coles— en la pequeña iglesia de San Car-
los cuando el vapor ya daba señales de
prisa, porque se regresaba en el vapor en
que había llegado, yo en pantalones
kaki, ella lo mismo, la cabeza cubierta
con mi pañuelo, un nudo en cada punta

Fue un casamiento rápido y para siempre
Una luna de miel en el río Melchora
En el pequeño campamento maderero que mi mujer
tenía por el Cerro del Mono
Y yo compuse entonces una canción de amor que se
titula Luna de Palo
Y cada día componía una canción de amor pero no la
escribía

Porque amor es entonces amor y nada más que amor
Amor es diariamente una canción de amor que siempre
engendra a otra canción de amor
Amor es otra vez la primera pareja y el nuevo Paraíso
del primer hombre y la primera mujer
Amor es la pareja que se baña desnuda en algún crique

de la selva y ve temblar el reflejo de sus cuerpos en el agua
 Amor, en ese tiempo, son las noches sin luna en el rancho de Calvo, el hulero, y los días de sol esperando la lluvia, y los días de lluvia riyando la madera a la cabeza de los riyeros

Mi mujer trabajaba donde quiera que estaba
 Hasta en Managua tuvo a su cargo una fábrica de cigarrillos

Pero Managua no le gustaba
 Porque allí se trataba únicamente por dinero
 Y el trabajo es febril como una tifoidea
 Descontrolado y convulsivo como el baile San Vito
 Cuando no es automático y rutinario, más que el trabajo de las hormigas

No se trabaja allí por amor al trabajo
 Nadie trabaja por amor
 Ella trabaja siempre con amor porque trabaja sólo por amor

Es decir, su trabajo es un acto de amor
 Y por eso en Managua no podía vivir, porque allí casi nadie trabaja con amor, nadie trabaja por amor, es decir, no se puede vivir

Mi mujer en Managua no podía vivir
 Trabajar es para ella vivir, trabajar, mejor dicho, es para ella existir, y por lo mismo trabajaba donde quiera que estaba

Trabajaba y trabaja
 Tanto en su casa de la ciudad como en la casa de su hacienda

Criando seis hijos
 Cinco varones —seis, para ser exactos, porque el quinto, Cristián, que era una maravilla, se murió de cuatro años— los mayores un par de gemelos y sólo una niña
 (Cuando le daba de mamar a sus gemelos parecía la loba de Rómulo y Remo)

Cinco criaturas superactivas, en incesante movimiento como un gardumen de pepescas
 Pecosos pelirrojos, a excepción del cumiche, casi todos el vivo retrato de su madre

Todo el día escapando a bañarse en el río dándose rápidas zambullidas, uno tras otro, haciendo bulla y metiendo ruido, con palos y latas, todos gritando al mismo tiempo, por el peligro de los tiburones, que allí pululan

Ella siempre sobre ellos, criándolos y educándolos
 Haciéndoles hacer todo lo que ella hacía
 Enseñándoles a ordeñar y a montar, ordeñando las vacas a la par de ellos y montando a caballo con ellos, cada cual en su propio caballo

Formando así tropillas de montados para arrear el ganado vacuno y recogerlo en los corrales
 Otras veces tirando con ellos o refiriéndoles sus cacerías
 En las llanuras del San Juan y en las montañas de la Azucena tuvo en un tiempo fama de cazadora
 Porque ella, en realidad, ha perseguido al tigre y tirado venados

Y hay un soneto mío sobre una de sus más bellas hazañas de caza
 Todos sus hijos la admiraban por esto y todos aspiraban a ser como ella
 Desde pequeños aprendían con ella a manejar el 22 pa-

ra matar en los tacotales y en los pantanos próximos a la casa, palomas pataconas, piches, zarcetas y patos reales

Como también pescaban a la par de ellas los peces de agua dulce que abundan en el río y sobre todo sábalos y tiburones, que aunque inservibles para la mesa, son una pesca más deportiva

Y sacaban almejas —todos los que querían!— en los bancos de arena donde frecuentemente se bañaban

Y también, enseñados por ella, se iban en bote, junto a la vega a coger chacalines, desenredándolos de las raíces de los camalotes donde se encuentran enredados

Ella en seguida les daba un banquete con formidables sopas de pescado o de almejas, ricas como emulsiones y deliciosas ensaladas de chacalines con mayonesa

Así les enseñaba mi mujer a mis hijos a amar el campo, la naturaleza, que con tal abundancia de dones, paga, gracias a Dios, el trabajo del hombre en algunos lugares de América

Les enseñaba a amar la tierra y a trabajarla, como ella
 A ser como ella y a vivir como ella

Cuando era una chavala como cualquiera de sus cinco chavalos —menuda y mercurial como sus dos gemelos, pecosa y pelirroja como el que vive ahora en Alemania, sabe Dios dónde

Cuando empezaba a llamarse Maruca
 Cuando también su gasolina se llamaba Maruca
 Cuando toda la gente del río, hasta los pasajeros de los botes y los canaleteros, la llamaban Maruca

Cuando decir Maruca o la Maruca era decir cómo era

La pequeña alemana que trepaba a los árboles con la facilidad de las ardillas

La que también escalaba las torres de los molinos aeromotores para ajustar las bombas que sacaban el agua de los pozos y llenaban las pilas donde aguaba el ganado

La que montaba en pelo y parejeaba con sus hermanos en los gramales de las plazuelas

La que primero se metía en los suamos, con el agua hasta el cuello, a la cabeza de las otras Kautz, tratando de agarrar las crías de los piches, que no se sabe cuándo se zambullen, ni dónde salen

La que así mismo encabezaba las incursiones de la pandilla por la vega del río en busca de tortugas o huevos de tortuga y por el borde de la montaña buscando huevos de gongolona o gongolonas

La que lo más del tiempo travesaba, es decir, trabajaba, ella sola, entre las herramientas y los fierros —llaves universales, alicates, tenazas, desatornilladores— atornillando y desatornillando, armando y desarmando, quitando piezas y poniéndolas, en el taller de mecánica de Mr. Gross, el abuelo alemán que era ingeniero

El que formó la hacienda San Francisco del Río

Donde, ahora en el tiempo que digo
1938-1949

Mi mujer enseñaba a sus hijos
a hacer con ella todo lo que ella hacía
los diversos trabajos de que ella se encargaba
la derribo y soca de las montañas y la chapoda de los
charrales

El destronque y la limpia de los potreros y las rondas
La quema de los mismos y de los llanos
El pastoreo de los ganados
La siembra de los granos y la recolección de las cose-
chas

La construcción de graneros y casas y habitaciones para
los peones

La excavación de pozos

La apertura de zanjas para desecación de los pantanos
La instalación y reparación de los motores

La construcción de botes y de canoas

La cortada de postes y la tendida del alambre de púa
para la hechura de los cercos

La dirección de las tareas de los trabajadores

La supervigilancia de los trabajos de los ajusteros

El manejo de los negocios con los tratantes en ganado
y con los tenderos de los pueblos cerca-
nos y de las relaciones con los vecinos

En fin, los mil asuntos de la vida en el campo, y de la
agricultura y la ganadería

Aparte de las tardes y las noches de lectura en mi bi-
blioteca bajo el silencio campesino

La lectura de Shakespeare y del Quijote o Dostoyewsky
y de novelas policíacas que son el pasa-
tiempo de mi señora

Y nada más es necesario para explicarse que no pueda
vivir en Managua

Como tampoco en Nueva York, donde pasó cuatro años
Y trabajó en las fábricas de ropa de la 8ª Avenida

Donde un viejo judío

El era, al parecer, buena persona, y la apreciaba mucho
por su pericia con la máquina o tal vez
sospechaba que en ella había otra cosa
distinta, un mundo diferente para él des-
conocido

Pero el viejo judío no era más que un esclavo de su
trabajo, un hombre esclavizado por la locu-
ra de ganar dinero

Y según mi mujer, se mató trabajando

Aunque le gusta manejarlas, desarmarlas y armarlas,
mi mujer no concibe que nadie quiera ser
esclavo de las máquinas

Mucho menos ser ella una máquina

En Europa se siente, por eso mismo, como en su casa
Sobre todo en España, donde ella tiene sus mejores
amigos

Principalmente Luis Rosales, el gran poeta, y su esposa
Maruja

Es en España, por supuesto, donde más ha vivido

Y no sólo en Madrid, sino también en Santander y en
Salamanca

Ha vivido en Sevilla

Si ella fuera propensa a la nostalgia la sentiría por los
pueblos de España

Santillana del Mar

Alcalá de Guadaíra

Coria del Río

El Alcalde de Coria del Río y su familia eran amigos
suyos y la hospedaban en su casa

Viendo el Guadalquivir desde el Parque de Coria, mi
mujer recordaba al San Juan y la hacien-
da San Francisco del Río

Cuando vive en España la siente como suya
Experimenta la sensación de estar entre su gente

Pero igualmente en Alemania donde tiene familia

En Saarbrücken estuvo con su tía Johanna, ya octoge-
naria, hermana de su padre

Pasó unos días en la Selva Negra con su prima Hildegard
Maerker, hija de aquella, y con su prima
Leonie Guillain y su marido Rudi, los cua-
les viven en Luxemburgo

En Nuremberg fue hésped del Juez Rodolfo Hable y
su esposa Therese, padres de Helga, la
gran muchacha, amiga nuestra desde en
Madrid y compañera de mi mujer en su
viaje a Alemania.

Hizo con ella todo su recorrido desde Colonia —en la
que visitaron, naturalmente, la Catedral—
hasta Munich, donde estudiaba nuestro
hijo; o con más precisión, desde La Haya
a Nuremberg, ciudad de Helga, detenién-
dose en Weildelberg, Badenweiler, etc.,
además de Saarbrücken, y vuelta a Ho-
landa

Desde Holanda también hizo el viaje de Italia, por la
ruta del Rin y de Francia y de Suiza, en-
trando por Lugano, y vio Venecia, Floren-
cia y Roma y las otras ciudades y peque-
ños lugares con sus inagotables maravillas
—Asís y los recuerdos y monumentos de
San Francisco y los frescos del Giotto, y
el hotel con el nombre del pintor francis-
cano, con un balcón florido desde el que
se domina el Valle de Spoleto— y vuelta
a Holanda

Mi mujer se fijaba, además, en detalles de otro signifi-
cado

El paisaje del Golfo de Nápoles, por la tarde, visto
desde el balcón de nuestro cuarto del Ho-
tel Framontano, en Sorrento —un antiguo
palacio donde nació Torcuato Tasso y que
ha tenido huéspedes inmortales, como
Goethe, Lord Byron e Ibsen le recordaba
que Squier lo compara con las puestas de
sol en el Gran Lago, vistas desde la vieja
Comandancia de San Carlos

En las Marcas Pontinas, desecadas por Mussolini, en-
contraba el modelo para la desecación de
los pantanos en las riveras del San Juan
Y lo mismo en Holanda donde se interesaba en el siste-
ma de hacer canales y sanjones para el
drenaje de las bajuras y la navegación
de botes y gasolinas

Hasta en la propia Francia, más que París, le atrae la
campiña francesa

Su mejor día en Francia fue el que pasó en la Beauce,
merendando bajo los árboles y contem-
plando los trigales, a un cuarto de hora
apenas de Notre Dame de Chartres

Y todo eso entre gentes amigas, hospedada en sus casas, siempre rodeada de amistades
 Si tomara el avión de mañana, probablemente la recibiría, al bajar en Lisboa nuestro amigo el poeta Don Cristovam Pavia
 Maravillosa Europa llena de amigos
 Mi mujer en Europa nunca ha sido extranjera
 Ella hubiera nacido en Saint Johan de no haber sido en Chichigalpa, Chinandega
 Donde nació en la fecha Febrero 18 - 1908
 Precisamente la misma noche del día en que su madre volvió de un viaje a Europa
 Por poco nace, pues en Alemania, pero por suerte vino justo a nacer a Nicaragua
 Por suerte, digo, para mí y sus hijos y para sus amigos y trabajadores
 Como también para la zona del antiguo Bolsón de Guatusos
 En la faja de altura situada entre los llanos de Río Frío y de Medio Queso
 Donde hoy está empeñada, a la par de sus hijos —dos de los cuales son ingenieros agrónomos— en el desarrollo de la finca Las Brisas
 Y en el desenvolvimiento agropecuario de toda la zona
 Una región, por cierto, abandonada
 Una región desconocida, "terra incógnita"
 Donde se vive en forma casi primitiva
 Casi al mismo nivel de los indios guatusos
 En el umbral de la miseria
 Pero en un territorio de incalculables posibilidades
 Una tierra de sueños y mirajes
 Donde los pobres que huyen de Nicaragua a Costa Rica y cruzan la frontera, se han engañado desde hace un siglo creyéndose tal vez en una Tierra Prometida
 Como tal vez lo sea
 Aunque hasta ahora sólo ha servido para especulaciones de financieros y filibusteros
 Para ligeras fluctuaciones en el precio de los pupitres escolares de Baton Rouge, Louisiana, y de la consecuente disminución del dulce de rapadura en la vega de Sábalo
 Para la aparición y desaparición de ciertos sueros en hospitales de Belice acompañada de nuevos daños causados por el tigre en la pequeña piara de cerdos de Sombrero de Cuero
 Para la muerte del pequeño Balbino Muillo, picado de taboba en el río Isla Chica, en coincidencia con un "lunch" en Delmónico, obsequiado por la Secretaria de Mr. Henry Bendel, Presidente de la Belgian Shoes, Inc. al sobrino del propietario del Lagarto Store, Managua, y la apertura en Broadway 97-85 de una venta de valijas de cuero de lagarto y de pequeños cuajipales ornamentales
 Para la quiebra del séptimo aserradero de la bocana del Santa Cruz, la tercera visita de los socios capitalistas de Mr. Kinloch —excelente escultor— a la gran plantación de raicilla que éste tiene frente al Castillo, la cuarta y última suspensión de la compra de ba-

nanos en los bananales del Delta, la décima avería sufrida por El Patiro de Ben Gross, primo de mi mujer, en los raudales del Sarapiquí, cerca de Puerto Viejo, y sobre todo

Para la misteriosa inserción de un "item" en el Wall Street Journal

Mi mujer, sin embargo, tiene fe en esta tierra
 La tiene desde niña en estas selvas y bajuras donde corre el San Juan conectando al Gran Lago de Nicaragua y al de Managua y casi al Golfo de Fonseca con el Atlántico

Es aquí donde tiene su casa, hecha por ella —sólo aquí tiene casa— y las raíces de su existencia
 Aquí a la orilla de la selva virgen y en las vegas del río, en la frontera, se cuenta ya la quinta generación de su familia de pioneros

El padre de su madre, su madre y ella, su hijo Manuel y la primera niña de este, María José

Mi mujer no comprende su vida si no es para esta tierra
 Es como si pensara que ella misma es la tierra en que ella y yo vivimos

No es que no haya tratado de vivir en Managua
 Es que sencillamente no le gustaba

Aunque las máquinas de la fábrica no tenían secretos para ella y el personal le obedecía con espontánea disciplina

Los maquinistas y operarios y las muchachas empacadoras de cigarrillos no solamente le obedecían al pensamiento sino que al mismo tiempo la querían

Como la quieren todos los que la han conocido
 Gonzalo, el tractorista, y su familia, la seguirían donde quiera que fuera

Lo mismo Chale, criado por ella —que actualmente maneja un tractor en no sé cuál de las dependencias del Ministerio de Agricultura— y su padre, Musuga

Porque ella es todo para ellos, como lo ha sido para mí y sus hijos

Porque ella, por ejemplo, es médica natural y los curaba y cura en sus enfermedades

Y en el campo les presta los primeros auxilios y aunque les practica a veces pequeñas operaciones de cirugía externa cuando han sufrido un accidente, y en no pocas ocasiones ha asistido en el parto a sus mujeres

Y es por lo consiguiente, madrina de sus niños y le llaman comadme con gran respeto y no pequeño orgullo

Cuántos han trabajado con ella, cuántos la han visto en su trabajo, nunca la han olvidado

Cuentan de ella y no acaban
 Dicen que no hay otra mujer como ella

Una mujer extraordinaria
 Una mujer como inventada por un poeta

Una mujer casada con un poeta
 Una mujer por eso mismo verdadera

Una mujer verdadera mujer
 Una mujer sencillamente

Una mujer.

JOSE CORONEL URTECHO